

La Veleta



Sábado, 15 de febrero de 2020
Editado por Zoróndoba de Arte y Literatura

Gacetilla de errática aparición y orientación dudosa
Avisos, anuncios, noticias y chismes varios
Número CCI

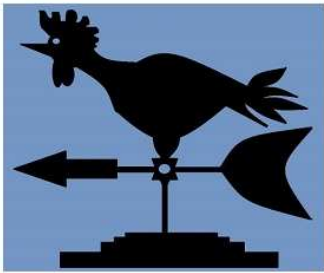
laveleta@zorondoba.com
Director: Sancho Viñetas

Recordatorio

La escasez de solicitudes que nos han llegado para que podamos dar a la imprenta nuestro libro "La Veleta 200" y ofrecerlo luego a nuestros lectores a un precio asequible, nos hace pensar que tal vez el anuncio que hacíamos la semana pasada haya pasado desapercibido.

La Veleta 200

(Artículos, columnas, notas y algunas cosas más)



Zoróndoba de Arte y Literatura

Insistimos en las virtudes que lo adornan y en el extraordinario valor de la obra, tanto para disfrutar como mero entretenimiento como para consulta y educación de las generaciones futuras.

Reserválo a través de nuestro correo electrónico:

laveleta@zorondoba.com

Cartas al director

Estimado director, don Sancho Viñetas: Coincido con todo lo que su colaborador don Mario Rejalgar dice en el número 200 de esa prestigiosa publicación, tanto en lo que se refiere a la pandemia del coronavirus como al microbio patógeno que ataca las entendederas del personal. Muy cierto lo que dice. No obstante se queda corto al ocuparse solo de los agentes patógenos que atacan las mentes de la parte diestra del cuerpo social.

Convendría, tal vez, contratar un colaborador que, siguiendo su razonamiento, se ocupase de los agentes patógenos que con gran virulencia también atacan las mentes de la parte siniestra del cuerpo social, que los hay.

Sin ánimo de ser exhaustivo se podrían citar a Stalin, Ceaucescu, Pol Pot, todos los de Corea del Norte, un par de chinos que mataron a mansalva a sus compatriotas, por millones, Chávez, Maduro, Ortega y otros locos, Fidel Castro, Robert Mugabe, Idi Amin Dadá, Gadafi, etc., etc.

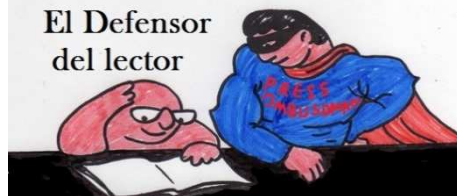
Porque la existencia de un tirano asesino cabrón de la parte de aquí no justifica ni anula la existencia de otro de la parte de allá. Simplemente suman dos. Un tirano asesino de la diestra y un tirano asesino de la siniestra suman dos tiranos asesinos. La suma no es algebraica. La suma es de valores absolutos. Es la suma, por la falta absoluta de valores en ambos. Si los muertos hablaran seguramente manifestarían no tener ninguna preferencia por ser aniquilados por los unos o por los otros. Para ser pasado por la piedra lo mismo da uno que otro.

De no ocuparse esa publicación de toda la gama, a diestra y siniestra, de los grandes males sociales, no estaría haciendo honor a su cabecera ya que los gallos de la veleta señalan ambos, y dejaría de lado su "orientación dudosa" que marca la línea editorial, para convertirse en orientación certera y clara. El Sr. Rejalgar parece no poder abarcar tanto por lo que me permito sugerir, con toda modestia y humildad, ocupar con otro brillante observador el espacio que ahora parece vacío.

Desde el respeto y la admiración.

Rafa García.

El Defensor del lector



Inauguramos esta sección para dar respuesta a las quejas o a los comentarios que nuestros lectores quieran hacernos. Hoy respondemos a la que nos ha enviado Rafa García y que reproducimos en Cartas al director.

*

Cierto es que en todas partes cuecen habas, y que ningún cerebro, a pesar de contar con dos hemisferios bien diferenciados, está libre de ser

contaminado en su totalidad por fanatismos de derechas o de izquierdas; ahora bien, según nos ha informado Mario Rejalgar, en su artículo *Pandemias* del pasado 7 de febrero su intención al apuntar en una sola dirección era no tanto exonerar a la izquierda por sus crímenes ni condenar a la derecha por los suyos, sino denunciar la pernicioso corriente de pensamiento plano y simple que desde hace ya tiempo fluye desbocada, impulsada en especial desde la Casa Blanca por Mr. Trump, cuyo lema "America First" se apresuró a gritar nada más llegar al cargo y que resume todo su ideario político: la exaltación del nacionalismo, el unilateralismo, el proteccionismo y el aislacionismo.

Esos "valores" parecen haber calado hondo en otros muchos líderes, que los han replicado hasta conseguir que una porción no pequeña de las poblaciones sobre las que tienen ascendencia (sin discriminar qué clase de ideología tengan, de derecha o de izquierda) los asuman e interioricen y se vean arrastrados a las más peligrosas aventuras. El virus letal al que Rejalgar quería referirse era precisamente el del nacionalismo. Y las consecuencias de la infección, como podrá observarse echando un vistazo a la historia, fueron siempre catastróficas. Admite el autor del artículo que, para contrarrestarlo, en no pocas ocasiones se liberaron otros virus (revoluciones de diverso signo) que vinieron a complicar el panorama sembrando más muerte y destrucción, pero el peligro cierto que ahora mismo nos amenaza viene inequívocamente vestido de derecha; de ultraderecha, más exactamente. La intolerancia, el rechazo, el odio y la irracional pretensión de pertenecer a un pueblo elegido (y superior), son los síntomas que hermanan a los apóstoles de hoy con los monstruos que Mario Rejalgar nombraba. De no actuar, la pandemia y el horror podrían reproducirse de nuevo; por eso es reconfortante constatar que todavía quedan en Europa algunas resistencias. Lo ocurrido en Alemania y en el estado de Turingia es una prueba de ello. Allí el cordón sanitario (nunca mejor utilizada la expresión) ha funcionado. Lástima que en nuestro país la ultraderecha (bien cebada con los delirantes planteamientos del

independentismo catalán) no sólo ha logrado traspasar el cordón, sino que se ha infiltrado ya en las entretelas de otros partidos, en el seno de las instituciones y en los fluidos de todo el tejido social amenazando con provocar el colapso del organismo.

Respecto a la orientación de nuestros gallos, nos dice el director que cumplen fielmente su cometido, pues La Veleta no escatima reproches ni a derechas ni a izquierdas cuando las actuaciones de los políticos concernidos las merecen. Lo de calificar de “dudosa” nuestra orientación no es baladí, pues tanto recibimos recriminaciones por equidistantes, tibios y hasta fachas, como admoniciones por extremistas, radicales o demagogos, lo que nos deja turulatos y perplejos, o sea, desorientados, como meras veletas.

Elogio del castellano*

Germán White



Lleva el castellano (el natural de Castilla) tantos siglos de opresión y de miseria a sus espaldas que ha hecho de la fatalidad de su destino una seña de identidad y la ha incorporado a su personalidad como un rasgo más de su cultura. Padece sus males tanto como otros, en otros lugares nacidos, sufren los suyos, aunque a diferencia de ellos, que a gala tienen el ser de donde son, y que contra los naturales y la tierra de la pobre Castilla cargan quejándose de expolio y opresión, el castellano rumia su áspera suerte y tira de sabiduría ancestral para no añadir a su condición de paria la de miembro de un pueblo irredento y sin estado.

Porque el castellano (casi resulta ocioso señalarlo) tampoco tiene estado. La interesada identificación de España con Castilla ha confundido de tal manera el espíritu de los naturales de la ibérica península (e islas asociadas) que el que más y el que menos, huyendo del horror que España ha significado en la historia reciente, ha encontrado identidades al margen en las que apoyarse para alcanzar una suerte de redención para el mismo pecado cometido por los castellanos: dejarse avasallar. Primero por los arbitrarios y sanguinarios señores de los feudos, más tarde por las despóticas y cleptómanas monarquías que a los señores sometieron, luego por el tiranuelo criminal que todos sabemos y después, en fin, por los capitalistas burgueses que

impusieron títeres en los gobiernos para seguir chupándoles la sangre.

Las malas artes que siempre usaron los usurpadores del poder (llámense señores, reyes, tiranos o mangoneadores de lo público) variaron en el tiempo y con las circunstancias. La coerción ejercida sobre el pueblo llano fue unas veces violenta y expeditiva, sin más, y otras sibilina y fraudulenta, pues consistió en convencer a todos de que el poder emanaba del pueblo y de que, en su nombre, serían en adelante cometidas cuantas atrocidades hicieran falta para mantenerlo y aun ensancharlo. Falacia ésta tan insostenible como, incomprensiblemente, bien arraigada en las conciencias y difícil de abandonar.

De entre todas las malas artes ideadas para tener bien sometido al pueblo (después de la religión, claro), el invento más ingenioso, espectacular y efectivo ha sido sin duda el nacionalismo, un truco que consiste en dotar a cada individuo de una cualidad superior: pertenecer al pueblo, a un pueblo, el que sea, pero del que no forman parte el resto de los seres humanos y al que hay que defender con uñas y dientes. Bien se entiende que el objeto a defender no es la propia vida, la cartera o la cultura (escasa o indiferenciada, a veces). La vida, la cartera e incluso la cultura son precisamente los bienes que los detentadores del poder exigirán a su pueblo para mantener la sagrada esencia que a todos mantiene unidos. La consigna es luchar para no dejarse avasallar. Pero el vasallaje, ya ha quedado dicho, no lo hace jamás un pueblo sobre otro pueblo, sino una élite de mangantes sobre su propio pueblo y sobre cualquier otro al que, por lo común con la aquiescencia de las élites que lo dirigen, puedan echar el guante.

Así las cosas, el castellano, el natural de Castilla, que sabe desde antiguo la falsedad de todas las patrias, observa entre asombrado, escéptico, irónico y hasta divertido, el afán de los naturales de otros españoles enclaves por desasirse del yugo del estado, un ente universal que a todos, en cualquier punto del globo terráqueo, somete sin remedio. El castellano, a quien catalanes, vascos, murcianos, riojanos, extremeños, andaluces, etc. identifican con el español, no tiene más orgullo de ser lo uno o lo otro que de ser estrictamente un efímero habitante del pedazo de tierra donde tuvo la suerte o la desgracia de nacer. Castellanos hay también, es cierto, que acuciados por las presiones de los llamados nacionalismos periféricos, han hecho bandera de España, pero no son más ni más furibundos que los nacionalistas españoles de nación y cultura catalana, vasca, aragonesa, canaria, etc., con quienes se lanzan en tromba a luchar contra los disgregadores

de España, una patria, como todas las demás, inexistente.

Feliz por no tener que luchar para que lo identifiquen como tal, el castellano disfruta cuando, por ejemplo, con el gallego o con el catalán coincide, en su tierra o en la de ellos, y comparte las excelencias de cada cual o las amenazas que sobre todos por igual se ciernen. De la riqueza que para algunos no castellanos supone el contar con una lengua propia, puede sentir a veces el sufrido castellano un punto de envidia (no diremos sana, que un pecado capital nunca dejará de ser tacha), pero enseguida se consuela constatando que la suya, su lengua madre, el castellano, es el germen del español en el que hoy se expresan millones de seres humanos (incluidos los privilegiados que pueden hacerlo en otro idioma) en centenares de zonas y regiones de decenas de países y naciones.

Tan oprimido como los demás, pero libre de aquella carga atroz que a muchos les han echado a las espaldas (la de tener que ser vasco, catalán, valenciano, cántabro, balear, español, etc.), creo que el castellano sólo aspira a que no lo despojen nunca de la condición tan costosamente adquirida de ciudadano, de los derechos que le otorga su ciudadanía, por fortuna no raquílica y castellana, sino mucho más extensa: española, europea y ojala que algún día universal. Aunque no parece que tal anhelo esté próximo a cumplirse. Con los nacionalismos que arrecian, el castellano, recostado sobre el duro y vilipendiado terruño que le han adjudicado, ha de sentir en estos días conmiseración también por tantos ciudadanos ávidos de escapar de ominosos yugos opresores. Los británicos, por ejemplo, que se han soltado de su amarre europeo para que nadie pueda gozar de su mezquina esencia ni contaminarse con las esencias de todos los demás.

**Este artículo apareció publicado en el quincenario Béjar en Madrid del 19 de agosto de 2016. Lo traemos hoy aquí porque aún nos parece pertinente, dado que los nacionalismos, particularismos y esencialismos identitarios no han parado de crecer y de incordiar.*

La Veleta

*

Núm. CCI

*

15 de febrero de 2020

*

Página 2